

Anduvo todo el día y toda la noche como había andado todos los días y todas las noches del mes, y del mes pasado y del anterior, perseguida por su sombra proyectada por la luz de una Madre que brillaba con más fuerza que el fuego que cualquier hombre haya concebido jamás dentro o fuera de él. Pero esa luz fue atenuándose con el fulgor helado de las mañanas de enero en esas horas en las que las sombras absorben contornos, en las que todo se integra, y vio la silueta totalmente negra de lo que parecía un menhir perfilada en el horizonte claro del mundo, fundiéndose con las montañas del este. Una hora más tarde llegó al megalito y pensó que era mucho más grande de lo que parecía en la distancia. La roca se erguía torcida, como enferma y orgullosa de su enfermedad al mismo tiempo, y su sombra se alargaba como un lago negro sobre la tierra y las piedras y el polvo y los hierbajos bajo el sol frío ya visible. Al pie del monumento descansaban las cenizas de una hoguera muerta esa misma mañana, sintió el calor que aún despedía en sus pies descalzos. Removió los restos con una rama seca y desenterró de la ceniza lo que le parecieron los huesos negros de un zorro grande o de un coyote pequeño. Quién hubiera pasado la noche resguardándose del viento a la luz de ese fuego bajo el megalito, y cazado y engullido aquel animal cuyos restos se fundían con la ceniza, sería la primera persona que viera en ochenta y siete días, y pensó que para cuando la o lo alcanzara habría olvidado qué son las palabras y para qué sirven. No había huellas que vinieran de ningún sitio ni huellas que fueran a ningún sitio y sintió que el encendedor de fuegos, devorador de zorros grandes o de coyotes pequeños, podría haber ocultado los restos de su hoguera si hubiera querido. Luego siguió andando hacia el este y no volvió a pensar en menhires torcidos ni en ceniza ni en zorros ni en coyotes.

Dos horas más tarde vio una amalgama de nubes oscuras al norte, el confín violáceo fundía cielo y tierra y el viento cambió. Miró tras ella, en dirección a la roca. Luego miró al este. Miró el agua acumulándose en el cielo del norte y luego volvió a mirar atrás. Descartó la idea de regresar para resguardarse y supo que en tres horas la tormenta la habría alcanzado. En menos de una hora empezó a lloverle encima y decidió quedarse quieta bajo las mantas de cuero, esperando que pasara algo. Puso sus dos odres y su cantimplora de arcilla bajo la lluvia y dio las gracias porque le gustó el color de las nubes y el agua, sin embargo decidió que no bebería hasta hervirla cuando pudiera encender un fuego. Luego desató una faltriquera pequeña de su cinto, la abrió y extrajo un pañuelo de piel plegado. La lluvia era muy ruidosa y a la joven le encantó ese sonido. Desdobló el trapo y hundió la uña de su meñique en la kanna en polvo que vacilaba ocre sobre el rectángulo de tela, se llevó el dedo a la nariz, esnifó y allí se quedó hablando callada para oír el caer del agua.

La despertó el silencio al cabo de un rato, no supo calcular cuánto porque el día era oscuro y sin sol, pero su boca estaba seca y sintió jaqueca. Recogió los pellejos y la cantimplora rebosantes y se los colgó a la espalda junto a las mochilas y macutos y zurrones, y junto a su arco y aljaba y amuletos de hueso y piedra, y vasijas y cuencos de arcilla pintada y dos conejos muertos bailando en su cinto por las traseras, y se ató dos puntas de las mantas en las caderas y comenzó a andar arrastrando las pesadas pieles aún mojadas y oscuras para que se secaran, como si fuera una novia de pesadilla, descalza y tatuada hasta el rostro con textos torcidos y dibujos extraños, sin templo más que el que todos tenemos dentro, el más oscuro, el que menos entendemos.

Siguió andando mientras su sombra crecía delante de ella más y más y se percató de que no era la primera vez que sentía ese crecer invariable, ni sería la última. Había hablado con la Madre en sueños pero como tantas otras veces se veía incapaz de pensar con palabras los vestigios que tal sueño había dejado. Para ella era más bien como una resiliencia primaria, una intuición. Sus conversaciones con la Madre volvían en forma de reminiscencia intangible, un idioma que no se puede aprender ni enseñar, tampoco olvidar, y que fue dominado por su madre antes que por ella y por su abuela antes que por su madre y así en una progresión

sinérgica e infinita de nociones que se suceden las unas a las otras en ese equilibrio indefectible que se remonta al albor del ser humano y que define el orden primigenio de las cosas. Y en ese idioma incontenible la diosa le dijo que compartiría camino con alguien.

En esas meditaciones estaba cuando una silueta recortada en el horizonte turquesa apareció lejana y diminuta y negra y violeta. La humedad entraba por su garganta pegándose a los pulmones y el sol ya no estaba. También su sombra había desaparecido. Pensó en encender un fuego y dormir antes de que la última luz de ese día se hundiera revelando las estrellas y planetas y galaxias, y trayendo el frío de un desierto azul como era en aquellas horas en las que el canto del viento y el aullido de alguna alimaña era lo único que anclaba el mundo a su propio plano de existencia. Estaba cansada y quería tumbarse en la tierra mientras estuviera caliente, acurrucarse como un animal bajo las pieles a la luz de la lumbre, pero aquel individuo lejano se había detenido, y sobre su negra silueta pudo ver destellos y chispas y luego la pequeña luz de un fuego, que fue creciendo conforme era alimentada, como un niño, o como el miedo, y decidió seguir andando hasta alcanzar aquel campamento ahora iluminado. Y así lo hizo, anduvo durante horas viendo su entorno deformarse por el cansancio y el sueño y la oscuridad, y a veces no entendía las formas de las piedras y del suelo y de la tierra y se mareaba sin dejar de andar, algunas veces derecha, otras torcida o bocabajo pero sin detenerse, y el fuego del horizonte también cambiaba de forma y de color y no parecía acercarse y otras veces parecía sentir el propio calor del mismo aunque lo supiera muy lejos y entonces se desmayó.

Flotó en la nada sin tener sueños ni visiones, y fue un fuerte dolor de cabeza lo que poco a poco la trajo a la realidad. Tardó mucho en intentar abrir los ojos pero oía el viento y los chasquidos de la leña ardiendo y sentía el calor de la llama. Cuando los abrió todo era negrura imprecisa pero los objetos fueron adoptando su propia forma y luz en un lento ritual de autoaceptación, materializándose en ese espacio y en ese tiempo. El cielo era negro y despejado y hacía viento, y aunque podían verse las galaxias elípticas y espirales de colores rosa y violeta y rojo y turquesa, no había luna que iluminase nada. Le llegó un olor a plantas aromáticas y cuando inclinó la cabeza vio a un niño echar hojas y pétalos a un cazo con agua hirviendo que pendía de un andamio de ramas sobre el fuego. Los ojos de aquel chico eran verdes y brillaban más que el propio fuego que tenían delante y a la joven le pareció que era él quién iluminaba la noche y los objetos que se hundían en ella, incluida la hoguera, y no al revés.

-Hola –le dijo mirándola.

-Hola –dijo ella.

El niño tapó la cazuela de hojalata con una plancha de hojalata, cruzó las piernas y se quedó mirando. Estaba sucio y tenía el pelo mal cortado porque se lo cortaba él mismo con el cuchillo que tuviera a mano. Su cuerpo de niño estaba bien alimentado y tenía cicatrices de adulto, tatuado de arriba a abajo con objetos y animales que la chica conocía, pero con números y letras de una lengua que aunque ella hablaba, no escribía.

La joven miró a su alrededor pero no vio a nadie más.

-¿Estás solo? –le preguntó.

-Estoy contigo.

-Ya.

Permanecieron callados un tiempo oyendo el fuego chasquear. La joven vio sus cosas en una esquina, mezcladas con los bártulos del niño. Luego volvió a mirarlo.

-¿Antes de que te encontrara estabas solo? –preguntó la chica al rato.

-Tú no me has encontrado.

-¿Estabas solo o no?

-Sí. Pero tú no me has encontrado.

-Vale.

Volvieron a quedarse callados y el niño miró las estrellas.

-¿Qué es eso? –preguntó la joven.

-¿El qué?

-Eso –dijo la chica señalando.

El niño miró al objeto en cuestión y luego volvió a mirar a la joven.

-¿Me lo preguntas en serio?

-Si –respondió ella.

-¿De dónde eres?

-De lejos, ¿qué es eso?

-Una silla de montar.

La joven calló un momento.

-Una silla de montar caballos –dijo el chico-, ¿sabes lo que es un caballo?

-Sé lo que es un caballo.

-Vale –dijo el niño.

-Vale –dijo ella. Y al rato- ¿Dónde está tu caballo?

-¿Cómo sabes mi lengua? –dijo el chico.

-¿Por qué tienes una silla de montar caballos si no tienes caballo?

-Está muerto, ¿cómo sabes mi lengua?

-Mi pueblo comerciaba con gente de occidente.

-¿Dónde está tu pueblo?

-Lejos. ¿Y el tuyo?

-Creo que no tengo.

-Eso es imposible –dijo la joven.

-¿El qué?

-¿El qué qué?

-¿Que el qué es imposible?

-No tener pueblo.

El niño se quedó callado un rato, pensando.

-No es imposible –dijo al final.

Dejaron de hablar y el chico abrió la tapa del cacharro y olió el humo que salía de este. Cogió una taza de metal deformado y hundido, la colocó entre sus pies, sosteniéndola como un mono, y sirvió el líquido tomando la cacerola de hierro con las manos envueltas en trapos de tela acolchada. Se levantó y le ofreció la taza a la joven sin decir nada, después volvió a su sitio, se sentó en la misma postura y se quedó mirando. La chica olió la taza y su rostro se llenó de la humedad del caliente vapor aromático y supo que aquello llevaba melissa y jengibre o cúrcuma y que le calmaría el dolor de cabeza.

-Gracias –le dijo al niño.

-De nada.

Ambos quedaron callados un rato y la joven bebía del cacharro humeante mientras el niño husmeaba los alrededores. Llegaban aullidos de las colinas, al sur, y a la chica le pareció oír el aleteo de algún ave nocturno cruzando el asentamiento sobre ellos y entonces habló:

-¿Qué le pasó a tu caballo?

-Le picó una serpiente.

-¿Y qué hiciste?

-Me la comí.

-Con la serpiente no, con el caballo.

-También me lo comí, lo que pude.

-¿Cuánto hace de eso?

-No lo sé. Seis semanas, tal vez ocho.

-¿Intentaste sanar al caballo?

-No. Ya había visto picaduras así. Se iba a morir igualmente.

La chica se quedó callada un rato y luego dijo:

-¿Cuántos años tienes?

-Trece.

La joven no supo qué contestar a eso así que cambió de tema:

-¿Dónde están mis conejos?

-Enterrados, debajo de la hoguera. Estoy cansado de comer coyotes y zorros.

-¿Y para qué los entierras?

-A veces cocino así. Voy a dormir un poco, despiértame en una hora. Si intentas irte despertaré, duermo con un ojo abierto.

-¿Ahora soy tu prisionera?

-Yo no he dicho eso, solo digo que me despertaré. Vete si quieres.

-Haré lo que me venga en gana –dijo la chica, pero el niño no le contestó, se tumbó sobre sus pieles y le dio la espalda hasta quedarse dormido.

La joven suspiró y se quedó tumbada oyendo la respiración del chico y viendo el movimiento de las constelaciones que envolvían la noche como un estrato con vida propia hasta que entró en un estado de consciencia en el que su autoconcepto trabajaba desde una dimensión y un tiempo distintos a aquellos en los que se encontraba, como si la soledad que sentía, fabricada por ella para ella, derivara en un sentimiento de aflicción hacia un individuo ajeno a sí misma. El viento y el color de la tierra, incluso los ronquidos de ese niño que parecía no caber en historia alguna, no servían más que para recordarle lo sola que había estado toda su vida, lo sola que estaba hoy. Hacía mucho que había comprendido que los actos de una no son cosas que puedan olvidarse porque en última instancia, y sobre todo aquellos que con mayor empeño queremos dejar atrás, son lo que acaba definiéndonos, aquello que construye el marco que nos delimita, y tratar de olvidarlos es como intentar olvidarse de un brazo o de una pierna, como olvidar tu propio nombre. Pensó en las palabras del niño y se preguntó si tenía razón, si podía alguien no tener un pueblo, un pequeño rincón en el que los juicios del grupo dieran como resultado la posibilidad de refugiarse de los juicios individuales, los más certeros. Que la conciencia colectiva le permitiera dejar en segundo plano las dicotomías que se tienen en soledad, y que hacen que uno se olvide de cómo se habla con otras personas y que actúe como un animal. Y llegó a la conclusión de que no solo es posible que aquello suceda, sino que es un drama inevitable para los espíritus profundos, una realidad de la que tal vez no haya que escapar, que el grupo es un resguardo, un cobijo, pero que la tendencia del insaciable es la segregación y el declive hacia un pozo de soledad insalvable. ¿Acaso no estaba ella allí por eso mismo?

Sentía lo mismo cuando miraba al chico y se preguntaba de dónde había salido y si tenía familia pero llegó a la conclusión de que no importaba. Trató de cerrar los ojos durante un momento, dejar la mente en blanco y adentrarse en un silencio abismal, como si haciendo esto fuera a oír una voz que le indicara el camino correcto, pero el ave volvió a aletear sobre sus cabezas y el niño se despertó. Esta vez la chica distinguió que era un alcotán.

-¿Qué hora es? -preguntó el niño.

-No lo sé. Creo que ha pasado media hora.

-Vamos a comer algo -dijo el chico.

-Vale.

El joven muchacho se puso en cuclillas y se frotó los ojos, luego cavó un hoyo rascando con una piedra sobre la tierra dura, al lado de la hoguera. Cuando le gustó comenzó a bordearlo con piedras grandes y lo llenó de hojas secas que sacó de un fardo que parecía una almohada. Sobre las hojas montó una estructura piramidal con pequeñas ramitas y dejó varias ramas grandes a su lado. De un dobladillo del faldón sacó una pastilla de magnesio, se inclinó sobre lo que había construido y se puso a rascarla con una piedra hasta que una de las chispas encendió la hojarasca y prendió fuego a la estructura. Luego el niño fue cogiendo ramas cada vez más grandes y colocándolas en la llama para que fuera creciendo mientras la joven observaba en silencio. A continuación, el pequeño se arrodilló en el suelo y fue acumulando en su faldón, con sus manos pequeñas y sucias y callosas y desgastadas, la arena blanda y húmeda que había movido al hacer el hoyo donde ahora ardía un nuevo fuego. Se levantó sosteniendo la arena en la tela de su vestimenta y anduvo con pasos largos hasta el viejo fuego, dejó caer la tierra y la llama se apagó. Apartó con una rama seca los restos de la hoguera recién apagada y se puso a cavar de nuevo, con los talones de sus pies descalzos y negros, la tierra y la ceniza. Al rato siguió con las manos y acabó sacando un bulto blando y sucio de tierra envuelto en cueros, atado con una cuerda vieja y grasienta, y lo dejó en el suelo. Luego sacó otro similar y lo puso al lado del primero. Volvió a meter la tierra en el agujero y se colocó frente a los bultos. Miró a la joven contento, con un brillo extraño en el rostro. Desató las cuerdas y abrió ambos envoltorios, uno primero y luego el otro. Los conejos yacían oscuros y sudorosos entre las telas de cuero, aún con piel y con los ojos negros plateando como el grafito. Sacó un cuchillo de su cinto y rajó la piel de los tobillos de uno de los animales. Metió su pequeño pulgar en las hendiduras y tiró de la piel despellejándolo casi de una. Repitió el proceso con la otra pata y fue tirando de los colgajos hasta que el animal quedó desollado entero. Le dio el conejo entero a la chica extendiendo ambas manos como en un ritual, y tal vez así lo entendía el niño. La joven lo recibió alargando las suyas y comió allí donde estaba sentada mirando al niño hacer lo propio con el otro animal.

Sentía que compartía con él tanto como los alejaba, o tal vez fuera que aquello que compartían era a su vez lo que los alejaba. Es posible que ella tuviese familia a la edad del crío, que tuviese lo que cualquiera bautizaría como hogar, pero en aquel tiempo todo le parecían sombras a su alrededor. Y se lo seguían pareciendo, a excepción de contadas ocasiones en las que se cruzaba con un alma similar a la suya, un alma que compartiera los temores de aquel del que se espera todo pero siempre desde una desconfianza recelosa, que compartiera la certeza de que nunca habrá lugar, en tierras habidas y por haber, en el que una hoguera y reposo estuvieran esperando.

La criatura comía como un animal acurrucado, tranquilo, sin mirar a su alrededor. La chica supo que algunas de sus cicatrices eran de arma blanca, otras las había causado algún animal. También supo, no solo por su lengua sino también por su fisionomía, que en efecto venía de occidente, pero su rostro, casi con un susurro, escondía algo exótico, un antepasado indígena, tal vez un abuelo. Pero para la joven estaba claro que aquel niño se había criado con las costumbres de occidente. Sus tatuajes, aunque de símbolos que no entendía, le remitían a leyendas e historias de aquel mundo tan lejano para ella. Tan lejano, al parecer, también para el chico.

Un turquesa pretérito empezaba a fundir las estrellas y los planetas en el manto celestial y los colores de los objetos fueron cambiando como si mostraran una nueva condición, extraña y no necesariamente real, hasta ahora oculta. Los pequeños huesos de la cena se secaban en pequeñas estructuras contorsionistas sobre la tierra y el fuego se había apagado. En el oeste el horizonte era amarillo y negro y violeta y sin luz mientras el este brillaba como la malaquita o la esmeralda, pero la joven sabía que en cuestión de horas, cuando el sol subiera, ambos tendrían el mismo color. Abrió la talega que llevaba encima y sacó cuidadosamente una caja de madera basta para dejarla a su lado, en el suelo. Luego sacó un rebujo de hojas de maíz envueltas en varios trapos con una cuerda seca, la desató y separó una de las láminas y la sostuvo con los dedos de los pies. Ató de nuevo el resto de las hojas y las guardó en el saqueto, a continuación sostuvo la hoja con su mano izquierda mientras con la derecha abrió la tosca caja, cogió el tabaco que había dentro con el pulgar y el índice, haciendo pinza, y fue colocándolo sobre la hoja de maíz. Cuando hubo terminado chupó el borde y la enrolló perfectamente. Se tumbó bocabajo, y se inclinó sobre las brasas para tocar las ascuas con la punta del cigarro. Estuvo un rato chamando mientras el niño recogía el campamento sin mirarla hasta que finalmente el cigarro se encendió y la chica se levantó y fumó mirando el horizonte y sus sombras acortarse y fundirse con el color de la tierra y el polvo.

-¿Qué piensas hacer? -dijo el niño.

-Seguir hacia el este.

-¿Qué se te ha perdido allí?

La chica pensó un momento. -¿Tú hacia dónde vas?

-Creo que también al este, no lo tengo claro. ¿Qué se te ha perdido allí?

-Lo mismo que a ti, supongo.

-El chico quedó callado. -Supongo -dijo al final.

La chica comenzó a recoger sus bártulos, la cantimplora y los pellejos ya medio vacíos, los macutos y zurrones, su arco y aljaba y vasijas y cuencos de arcilla pintada y sus mantas. Los amuletos y baratijas que colgaban de su cuello y de sus muñecas y de su cinto y de su cabello embarrado tintineaban como músicas venidas de un tiempo y una espacio que trasciende todo orden o jerarquía conocida por el ser humano, cualquier cosa a la que pudiera aferrarse. Parecía una tortuga ciega y enorme y a dos patas y con música propia. Su cabello cubierto con barro pintado y decorado con huesos de animales diminutos como pájaros y lagartos, y decorado también con borlas y piedras de colores, su cara tatuada bajo sus ojos y sobre su nariz y en la barbilla con motivos y patrones tan primitivos en su diseño como toscos en su realización, parecía una bruja que aún ardiendo en la hoguera reiría por todos aquellos

ofrecimientos que ocultaban tácitos pactos de corrupción. Exigencias a las que nadie puede renunciar, propiedades sujetas a un vínculo eterno. Y cuando el viento se llevara la ceniza su risa se oiría como un eco inmortal que se quedaría bajo las camas de todos aquellos que la vieron arder y reír. En forma de un olor que los acompañaría siempre.

Pero el niño no temía su aspecto, la había ayudado, había bebido de su agua y comido de su comida y la trataba con indiferencia. Y la chica se había sentido a gusto a su lado aunque sabía que tenían que separarse porque aunque estuvieran en el mismo sitio siempre habría un abismo entre los dos, porque esa era la naturaleza de ambos.

-Me marcho -dijo la joven.

-Está bien.

-Está bien.

-Solo una cosa -dijo el chico.

-Qué.

-¿Crees que volveremos a vernos?

-No creo -dijo la chica.

-¿Pero crees que es imposible?

-Supongo que no.

-Si volvemos a vernos y necesito ayuda, ¿me ayudarás?

-¿Como un intercambio? ¿Lo dices porque tú me has ayudado?

-Sí.

-Pero yo no te pedí que lo hicieras.

El niño pensó un momento. -Quieras o no, todo lo que consigas a partir de ahora será en buena parte porque no moriste de cansancio en medio del desierto. Y no has muerto gracias a mí.

La chica creía que no volverían a verse nunca y quiso creer también que la petición del chico provenía de un código infantil, pero en el fondo de sus ojos pudo ver que el joven volvería algún día en forma de adulto, cuando ella fuera una anciana, a rendir cuentas por lo que les había ocurrido el día anterior.

-¿Cómo te llamas? -dijo la chica al fin.

-No importa.

-¿Y cómo sabré que eres tu cuando vengas a pedirme ayuda?



-¿No me reconocerías?

La chica supo que sí así que guardó silencio, miró al este, luego volvió a mirar al chico, sus verdes ojos de fuego, y se puso a andar. Como una mula cargando con más peso que el suyo propio, con el cigarro pegado a su labio superior, la ceniza cayéndole encima y el humo subiendo como una ofrenda a dioses que prefieren un aire difícil de respirar y un ambiente turbio, como el ser humano.

A su espalda un niño cada vez más pequeño y frente a ella un horizonte cada vez más grande, como si su eterno avanzar la alejara cada vez más de aquello que buscaba, porque eso es lo que ocurre cuando buscamos fuera de uno mismo lo que solo podemos hallar en nuestro interior. Solo si te pierdes puedes encontrarte.

Anduvo todo el día y toda la noche como había andado todos los días y todas las noches del mes, y del mes pasado y del anterior. Con una joroba más grande que ella y su rostro y cabello decorados con barro pintado y haciendo ruido a cada paso y manchando el aire tras ella con el humo del cigarro, pareciera un acólito de dioses muertos tiempo atrás, de cultos sepultados por otros cultos sepultados por otros nuevos, sacerdotisa de lo sucio, con un mapa pero sin objetivos, con un dogma pero sin santuario.

Anduvo todo el día y toda la noche como había andado todos los días y todas las noches del mes, y del mes pasado y del anterior.